

JUAN MARQUEZ, escultor y decorador



Juan Márquez es originario de ese pequeño paraíso terrestre que son las Islas Canarias, en otros tiempos bien conocidas como las Islas Afortunadas. Pero fue en Alemania donde hizo sus estudios, en Charlottenburgo, donde duerme su último sueño la reina Louise de Francia, esposa de Federico Guillermo III. Márquez se preparaba para la arquitectura pero trabajó bajo la dirección de los maestros escultores Janensh y Breuer.

De Alemania pasa a Francia, donde funda su hogar y debuta como escultor. Tenía apenas veinte años cuando produjo sus primeras obras, en 1925, y recibió de Emile Antoine Bourdelle, sucesor de Rodin, este elogioso autógrafo: "la gran tradición del Arte español podría ser continuada por este escultor".

Sin embargo, atraído por el encanto de sus islas natales regresa a Canarias alternando su arte con el de la decoración. En este nuevo Arte hace demostración de una tal maestría que no tarda en ser considerado como el mejor decorador del Archipiélago. Dieciseis años de trabajos diversos le dan la libertad de compartir en adelante su tiempo entre Francia y las Canarias, entre la decoración y la escultura.

Márquez ama las formas rebustas, casi arquitectónicas, influencia de sus primeras vocaciones. Pero él sabe darles la firmeza y la gracia. Concibe sus obras según la materia a la que van destinadas: piedra, bronce o madera. Cree en un arte moderno basado en la sencillez, sólidamente construido, evi-

tando toda facilidad superficial.

Márquez ha expuesto en el Salón des Tulleries, en la Exposición Internacional de Burdeos en 1927, en la que obtuvo un premio, y en varias galerías particulares. Sus manifestaciones son siempre acogidas con la simpatía que merece este artista de clase, potente y voluntarioso, distinguido y armonioso.

Estas palabras presentaban al escultor grancanario Juan Márquez Peñate en un libro sobre los artistas españoles en Francia publicado en los años siguientes a la segunda guerra mundial. A nosotros nos sirven también para presentar a este artista que desde muy joven marchó a Alemania, estudiando en la Escuela Superior de Bellas Artes de Berlín.

profesor venía a ver lo que hacía y a veces me llamaban para que le ayudara. Yo tengo un recuerdo muy grato de Alemania, entre ellos éste.

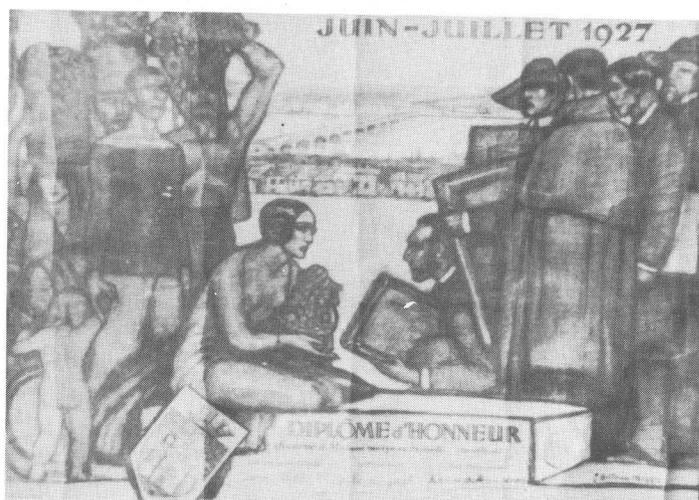
— ¿En que año sucedía lo que nos cuenta?

— Eso era en . . . pues, terminando la primera guerra mundial.

— ¿Y cómo fue lo de ir a estudiar arte a Alemania?

— Yo había empezado aquí en la Escuela Luján Pérez. Pero como resultado de la guerra mundial en Canarias se pasaba una situación de crisis, mientras que en Alemania el marco había devaluado muchísimo por efecto, igualmente, de la guerra. Con veinte duros se vivía estupendamente allí y por eso me fui a Alemania, con la idea de hacerme arquitecto. Pero

Artista canario radicado en París, obtuvo el diploma de honor de la Exposición Internacional de Burdeos de 1.927



— Esta Escuela —nos dice sesenta años después don Juan Márquez— era algo monumental: un edificio clásico con una gran jardían en su centro. Alrededor de ese patio había numerosos talleres. Un día el profesor Janensh me dijo que me habían dado el taller núm. 283. Ellos cuando veían a algún alumno con un indicio de originalidad o que se sale de lo común, lo sacaban de la clase general y le daban un taller para que trabajara solo. Así, yo trabajaba en mi taller y el citado

negado para las matemáticas me fui a la Escuela de Bellas Artes que, además, era mi predilección. De aquella Escuela tengo recuerdos imborrables. A los pocos días de haberme dado el taller el profesor Janensch me dijo que tenía malas noticias para mí. Yo le pregunté: ¿qué malas noticias pueden ser? Me respondió que se iba a reunir el claustro de profesores para decidir sobre una denuncia que se me había hecho por darme el taller. Se reunieron y más tarde el profesor me dió la

noticia de que no había problemas y que me quedaría en el taller, pero lo que realmente fue para mí una satisfacción extraordinaria fue que un día al entrar en el gran hall de la Escuela acudieron dos muchachos a mi encuentro y me preguntaron: ¿Es usted el señor Márquez? Nosotros venimos a pedirle perdón, pues somos los que le habíamos denunciado en cuanto que no nos parecía justo que le concedieran un taller a un alumno extranjero y no a un alemán. Esto es algo que nunca he podido olvidar.

Pero el joven Juan Márquez no pudo continuar durante mucho tiempo en Alemania.

—Cuando el marco papel se convirtió en marco oro los alemanes habían perdido completamente la noción de lo que valía el dinero y nosotros que vivíamos perfectamente con el marco papel con el oro no podíamos vivir allí. Por entonces estaba también Víctor Doreste y habíamos tres o cuatro canarios allí. Enseguida le comuniqué al profesor Janensch que me iba porque el dinero apenas me daba para desayunar. Entonces me dijo que no me fuera, que me quedara y que trabajara en parte ayudándole a él y al profesor Breuer, a cambio de lo cual me pagaban el trabajo. Y así pude permanecer en Berlín hasta que volví a las Islas. Aquí hice una exposición y me dieron una pequeña pensión — 250 pesetas— y entonces me fui a París, que era entonces el gran centro del arte. Allí viví dedicado por entero al arte. Fui discípulo predilecto del gran Emile Antoine Bourdelle, del que tengo un autógrafo que dice: “La gran tradición del arte español podrá ser continuada por este joven escultor”. En la Exposición Internacional de Burdeos de 1927, a la que concurrí con dos pequeñas obras y unos dibujos, me concedieron el diploma de honor. Pero aquí no terminó la cosa. Después se convocó un concurso para el monumento a Jean Jaurés y ese monumento lo hice yo en París. No era un monumento importante, pero era un monumento ¿no?. Yo hice un Jean Jaurés de torso desnudo representando lo que era, no cómo era, sino lo que era y los que significaba el gran tribuno y entonces vinieron los del Partido Socialista, al que había pertenecido Jaurés, y me hicieron poner una levita a la escultura, cosa que no tuve más remedio que hacer en contra de mi parecer. No sé si este monumento se conserva, como era en bronce dicen que los alemanes lo fundieron durante la ocupación de París.

— ¿Qué grandes artistas conoció en la capital francesa?

— Fui compañero —ellos me lleva-

En la Ciudad Luz fué compañero de Buñuel, Dalí, Oscar Domínguez y Pancho Cossío

ALLI HIZO EL MONUMENTO A JEAN JAURES

ban bastantes años— de Luis Buñuel de Dalí, de Pancho Cossío, del que tengo cuadros, de Oscar Domínguez. Vivíamos en la Rotonda y teníamos nuestra peña. Yo le resolví bastantes apuros a Buñuel para hacer “El perro andaluz”, película en la que tuve que trabajar de extra, pues Luis no tenía ya dinero para pagar artistas. Por mi amistad con una baronesa que poseía una propiedad con un pequeño lago que había pertenecido a madame Recamier puede conseguir que allí se rodara la película de Buñuel. Hicimos de extras Pancho Cossío, yo y varios más. Luis hizo “Un perro andaluz” y



“El perro andaluz”; yo no recuerdo cual de las dos es la que entonces se filmó. Por cierto que mucho después, tras haber regresado, yo había mandado a mi hija a Francia para perfeccionar el francés. Un día fue al cine a ver una película de Buñuel y de repente, en el silencio de la sala, se oyó una voz que decía “¡ay, mi padre!”, pues me había visto salir a mí en la película, con gran sorpresa suya.

Así, nuestro entrevistado se afincó en Francia.

— Por entonces ya había conocido a una familia francesa que estaba emparentada con el Papa Pío IX. La bisabuela de mi mujer era prima de aquél: Yo me casé en Francia. Yo era ya un muchacho conocido en París como una joven promesa y también por haber sido discípulo de Bourdelle.

Vivía de mi escultura, no diré que muy brillantemente, pero sí lo suficiente para no tener que recurrir al dinero de mi mujer. A los dos años de casarme vine aquí para que mis padres conocieran a mi hijo. Estalló la guerra civil y no pude salir. Al terminar la guerra los Talleres Márquez —propiedad de mi familia— pasaban dificultades. Yo había hecho dibujo de decoración en París y entonces me puse a trabajar aquí en los talleres de la familia. Después vino la segunda guerra mundial y nueve años después ¿qué iba a hacer en París? ¿volver a empezar? Ya esto estaba en marcha. Con el dinero que obtuve al realizar el monumento a Jaurés compré la patente de una piedra artificial y entonces empecé a decorar tiendas como “Innovación”, “Cruz Gómez”, “Farmacia de Hernández Guerra”, etc. muchas. Pusimos un taller de decoración en Barcelona y allí también trabajamos mucho.

— ¿Y su producción escultórica?

— Bueno, aquí hice los Apóstoles para la fachada de la iglesia de Schamann, que tienen 3,50 m. de alto cada uno, y el Pantocrator, de 5 m. No cobré nada por ello. Al Ayuntamiento le costó esto doce mil pesetas, lo que costó el material. Para don Rafael Picó, que era un hombre muy amante de los jardines, hice la Insula Mater, la Maternidad que se halla en los jardines del Puerto de la Luz. Luego me hicieron concejal del Ayuntamiento, cargo que no quería ocupar, pero que tuve que aceptar. Como concejal me dediqué a quitar todas las vallas que cerraban los jardines, a plantar palmeras en varias partes de la ciudad, hice una exposición de urbanismo con la colaboración de Santiago Santana y un chico que trabajaba conmigo como delineante, Emilio Medina. En esta exposición exhibí proyectos para la urbanización de la actual avenida Mesa y López, proyecto de centro cívico en el antiguo Campo España y proyectos para Schamann, entre otros muchos. El proyecto de centro cívico reunía en la zona de Lugo a todos los organismos administrativos (Gobierno Civil, Hacienda, etc.) y judiciales facilitando al máximo al ciudadano la realización de cualquier trámite. ■